



**Años de gracia**  
**Margaret Ayer Barnes**

Esta historia, que se extiende entre la última década del XIX y las dos primeras del XX, narra la vida de la familia de Jane Ward Carver, una mujer de Chicago de clase media alta.

Las protagonistas femeninas se debaten entre la moral convencional y sus deseos de libertad y felicidad, en medio de una sociedad que va cambiando con los años.

La autora recibió en 1931, por esta novela, el premio Pulitzer de literatura.

A  
C.B., que supo escuchar

# **PRIMERA PARTE**

**ANDRÉ**

## CAPÍTULO I

### 1

SENTADA a la izquierda de su padre a la mesa del desayuno familiar, la pequeña Jane Ward permanecía con la cabeza, de cabello recogido en coletas, discretamente inclinada sobre el plato. Estaba tomando grandes bocados de huevos con tocino acompañándolos de unos sorbos de cacao demasiado caliente. No necesitaba consultar el gran reloj negro, coronado por el ave de bronce, situado sobre la repisa de la chimenea del comedor, para saber que eran las ocho y veinte. Si desayunaba aprisa, podía salir hacia el colegio antes de que Flora y Muriel pasaran a recogerla. Si las eludía, tal vez se pudiera encontrar con André cerca de la Torre del Agua y pudieran ir un rato juntos. Naturalmente, en cualquier caso podría ir con él, pero con Flora y Muriel parloteando y riendo junto a ella, no sería lo mismo.

Su padre permanecía oculto tras las páginas del *Chicago Tribune*. Frente a la bandeja del café, su madre, inmaculadamente vestida con una bata blanca, recorría atentamente con la vista la mesa del desayuno. Isabel, la hermana mayor, aún no había bajado. Isabel tenía diecinueve años. Era una persona mayor. Ya había dejado el colegio. Era una damita. A punto de convertirse en *debutante*. Con bastantes años para que la dejarasen haraganear en la cama, después de una fiesta por la noche, hasta después de que su padre hubiera salido hacia la oficina y de que Jane se hubiese ido al colegio.

Sosegadamente, la madre dijo:

—Jane, no te llenes tanto la boca.

Jane no era una persona mayor, pues sólo tenía catorce años. Era tan joven que se la podía reprender por cualquier cosa, incluidos los modales en la mesa.

—¿A qué viene tanta prisa, pequeña? —preguntó su padre, bajando el periódico.

Mr. Ward estaba siempre de buen humor. Sus ojos pardos brillaron al mirar a Jane.

—Quiero salir pronto para el colegio —replicó Jane, suavemente—. He de encontrarme con Agnes.

—¡Agnes! —exclamó su madre, con ligera irritación—. ¡Siempre Agnes!

Esto fue todo, pero resultó más que suficiente. Mrs. Ward no aprobaba a Agnes Johnson. Y Jane sabía perfectamente por qué. Con la diáfana percepción de los catorce años, Jane captaba el motivo de aquello. Agnes vivía al oeste del Parque Lincoln, su padre era periodista y su madre trabajaba en una oficina; era secretaria de alguien. Algo de veras imperdonable.

Sin embargo, su madre aprobaba de todo corazón a Flora Furness y a Muriel Lester. Vivían a la vuelta de la esquina: Flora, en Rush Street, en una gran casa con lilas en el jardín, y Muriel en Huron, en una fortaleza gris construida por Richardson, el gran arquitecto del Este. Durante las vacaciones de Navidad, Muriel daba siempre una fiesta. Un baile para cuya celebración las alfombras del salón se cubrían con blancos lienzos, y la orquesta se ocultaba debajo de las escaleras, tras una cortina de palmas. La casa de Flora era enorme y muy bonita. Había pertenecido a su abuelo. Estaba coronada por un gran tejado abuhardillado, tenía un magnífico salón de baile, y en la sala principal había muebles dorados y una piel de tigre sobre el suelo; además, el edificio poseía un jardín de invierno, al que se entraba por la biblioteca, con helechos colgantes, un naranjo y una dorada jaula con dos loros grises.

A la madre de Jane le gustaba que la muchacha fuese al colegio con Flora y Muriel, y también le agradaba que

las invitase a jugar en su casa. Así había sido desde siempre, aunque también Flora y Muriel tenían sus defectos, minucias sin importancia. Sin embargo, eran motivo de comentario. Al menos, su madre e Isabel los comentaban. Aquellos pequeños defectos Jane los había advertido siempre de un modo instintivo, sin comprenderlos con exactitud.

Algo raro ocurría con la madre de Flora, que era la más bonita y, sin duda alguna, la más elegante de cuantas damas había visto Jane. La mujer siempre estaba yendo a fiestas. Envuelta en sus espléndidas ropas, salía de su casa, cruzaba el grupo de infantiles admiradores reunido en la acera y, tras lanzar un beso a Flora, desaparecía en el interior de su pequeña berlina azul que esperaba junto al bordillo. Tenía como perro faldero un pequeño doguillo, y en las tardes de primavera y verano salía a pasear en una victoria azul oscuro, con dos lacayos en el pescante y tirada por un par de espléndidos bayos. El coche estaba provisto de un pequeño toldo de encaje oscuro que sombreaba el sombrerito adornado con violetas de la mujer. Siempre llevaba al doguillo con ella, y nunca a Flora. En algunas ocasiones iba con un caballero llamado Mr. Bert Lancaster, que era el alma de los cotillones y que a veces, en las fiestas, bailaba con Isabel, o patinaba con ella en la pista de Superior Street, haciéndola muy feliz siempre que eso ocurría.

En la familia de Muriel había algo raro, aunque su hermana mayor, Edith, había sido la beldad del pasado invierno y la hermana mediana, Rosalie, iba a ser la beldad de éste y había estado con Isabel en Farmington y era una de sus más queridas amigas. Pero en este caso, lo raro era más fácil de entender. Todo se debía a que, como era del dominio público el nombre de la familia, Lester, había sido en tiempos Leischer, y su abuelo, el viejo Salomón Lester, no hacía ocultación alguna de ello y reconocía abierta-

mente su origen hebreo; eso decían cuantos le habían visto en Nueva York.

Jane sabía todo aquello desde siempre, pero no hubiera podido decir cómo lo averiguó. Tenía plena conciencia de todo lo que su madre aprobaba o desaprobaba. Y ahora que Isabel había vuelto de Farmington y todos la consideraban alguien a quien había que escuchar, Jane percibía también las opiniones de su hermana. Conscientemente, nunca se le ocurrió estar de acuerdo o en desacuerdo con ellas. Eran opiniones, y eso era todo. Jane tropezaba con ellas, obstáculos tangibles que se alzaban a su paso, cosas que había que reconocer y aceptar o eludir, según exigieran las circunstancias. En aquellos precisos momentos, Agnes no le preocupaba en absoluto. Jane apreciaba mucho a Agnes, pero ésta, por el momento, era un simple pretexto.

—¿Me permitís? —preguntó débilmente.

—Usa el lavamanos —dijo mecánicamente su madre.

—¿A qué viene tanta prisa, pequeña? —repitió su padre—. ¿Has acabado con el álgebra?

El álgebra era la *bête noire* de Jane. La muchacha nunca decía a su profesor lo mucho que su padre la ayudaba. Al tiempo que se levantaba, asintió con la cabeza.

—¿Entendiste, por fin, la última ecuación de segundo grado?

Jane volvió a asentir y dio un beso de despedida a su madre, que le recomendó:

—No te ensucies el vestido. Y no te subas a las vallas.

Jane dio un beso a su padre. El rostro del hombre era terso y olía a jabón de afeitar. Por las mañanas, sus mejillas estaban siempre muy suaves.

—Adiós, pequeña. En el periódico dice que viene la compañía de Gilbert y Sullivan. Tendremos que ir a ver *El Mikado*.

Jane enrojeció de contento. Se olvidó hasta de André. En toda su vida, sólo había ido cuatro veces al teatro. Una,



siendo muy niña, a ver a Elsie Leslie en *El pequeño Lord*, dos a ver a Joseph Jefferson en *Rip van Winkle*, y otra el año anterior, para oír a Calvé en *Carmen*. Había ido con toda la familia, el día de Acción de Gracias por la tarde, porque sobraba un asiento.

—¿De veras, papá? ¿Me lo prometes?

El rostro de Jane resplandecía. Pero en aquel momento sonó el timbre de la puerta y, a pesar de las radiantes perspectivas, Jane fue presa del desánimo. Las que llamaban eran Flora y Muriel, claro. Minnie, la doncella, fue a abrir. En el recibidor sonaron unos murmullos y unas mal contenidas risas. No había duda: eran Flora y Muriel. Jane salió lentamente de la habitación.

—¡Ojalá esa chiquilla se olvidase de Agnes Johnson! —oyó que decía su madre, y captó el crujir del periódico que su padre había arrugado en su irritación.

—¡Sólo un momento! —gritó Jane.

Luego corrió hacia arriba, subiendo de dos en dos los escalones, en busca de sus libros.

—¡No despiertes a Isabel! —gritó su madre.

Cuando Jane volvió a bajar, su padre estaba en el recibidor poniéndose trabajosamente el gabán. Flora y Muriel permanecían en silencio, sentadas en la banqueta de junto al perchero, con los libros de texto en las manos. Minnie le entregó su almuerzo para el recreo. Una cestita de mimbre con una correa de cuero, conteniendo dos bocadillos de jalea, un trozo de pastel y un plátano, su fruta favorita.

Flora y Muriel se levantaron para recibirla. El padre de Jane tarareaba alegremente, contemplando con benévola sonrisa a las tres chiquillas. Cuando llegaron a la puerta, el hombre comenzó a cantar:

*Three little maids from school are we,  
Pert as a school girl well can be,*

*Filled to the brim with girlish glee,  
Three little maids from school!*<sup>[1]</sup>

Flora y Muriel lo miraban inexpresivamente. Jane se sintió ligeramente avergonzada. En presencia de los de su edad, Jane se sentía casi una persona mayor. Su padre les abrió la puerta de forma burlescamente ceremoniosa.

*Everything is a source of fun.  
Nobody's safe for we care for none!*<sup>[2]</sup>

Afectuosamente, les tiró de las coletas.

*Life is a joke that's just begun!  
Three little maids from school!*<sup>[3]</sup>

Antes de que el hombre pudiera seguir, ellas ya habían bajado corriendo la escalinata. La turbación de Jane se había acentuado. Flora tenía quince años y ya hablaba de dejarse el dorado pelo suelto. Muriel tenía un auténtico vestido, con falda y chaquetilla Eton, y sus trajes le llegaban ya hasta casi la parte alta de las botas. Mr. Ward había hecho mal. Después de todo, la canción no tenía mucha gracia. Ni era demasiado cierta.

A Jane la vida no le parecía un juego durante aquella soleada mañana de octubre mientras, del brazo de sus amigas, bajaba por Pine Street. Iba preguntándose si André la esperaría en la Torre del Agua. Y si, en caso de que fuera así, Flora y Muriel se meterían con ellos. Y si lo hacían, ¿cómo reaccionaría él?, ¿y qué diría su madre si supiera que André la esperaba casi todas las mañanas para acompañarla al colegio? André, el extraño francés de quien Flora y Muriel siempre se burlaban un poco y a

quien su madre e Isabel no aprobaban porque era francés y católico e iba a misa en la Catedral del Sagrado Nombre, vivía en un pequeño piso de los «Apartamentos Saint James», tenía una madre inglesa que llevaba siempre una boa de plumas de curioso aspecto y un padre francés que era cónsul, significara esto lo que significase, hablaba en mal inglés y no se relacionaba apenas con nadie.

Muriel iba hablando de la próxima fiesta de Rosalie. Habría recepción, cena y baile, y Muriel asistiría con el vestido de muselina rosa que ya le habían encargado en «Hollander's», de Nueva York.

Isabel también iba a dar una recepción, pero, que Jane supiese, no habría cena y, desde luego, nada de baile. Las ropas de Jane las hacía siempre Miss McKelvey, en el tercer piso de su casa. La mujer iba dos veces al año, en primavera y otoño, y se quedaba dos semanas, tomando posesión de la máquina de coser de la sala de juegos. Durante su estancia, producía un increíble número de vestidos, chaquetones y blancas enaguas de percal bordado. También cosía muchos de los vestidos de Isabel y parte de los de la madre de Jane. Y en los ratos libres hacía vestidos para las muñecas de Jane, a pesar de que Jane era ya demasiado mayor para jugar con ellas. Llevaba casi dos años sin mirar siquiera aquella preciosa muñeca francesa con cabello natural y ojos que se abrían y cerraban. Su madre se la había traído de París hacía cinco años, en la memorable ocasión de su viaje al extranjero.

Jane quiso siempre mucho a Miss McKelvey, desde los días en que se sentaba en sus rodillas mientras ella llenaba las bobinas. Y la encantaban los vestidos que le hacía. Sólo cuando Flora y Muriel hablaban de los suyos, se le ocurría a Jane desdeñar los confeccionados por Miss McKelvey. Flora y Muriel tenían cosas preciosas. Vestidos de Nueva York y abrigos hechos a medida por un sastre. Pero Jane no envidiaba nada de todo aquello. Al menos, no lo envidiaría si Flora y Muriel la dejaran en paz. Su

guardarropa no la había preocupado en absoluto hasta que conoció a André. Ahora no podía por menos de preguntarse qué pensaría él si pudiera verla en un baile nocturno vestida con un traje de muselina rosa hecho en «Hollander's». Naturalmente, ni ella ni André iban a bailes. Pero vendrían las recepciones navideñas, y si ella tuviese un traje de muselina rosa colgando ociosamente en el armario, quizá podría llevarlo a las clases de baile, o incluso a cenar algún sábado por la noche en casa de André, si él volvía a invitarla y su madre la dejaba ir.

Y no era que un simple traje de muselina rosa pudiera hacer que Jane se pareciese a Muriel. Jane se daba perfecta cuenta de ello. Ni tampoco a Flora. Ella no tenía dorados rizos, eso para empezar, y, simplemente, carecía de «estilo». Isabel, por ejemplo, estaba elegante con cualquier trapo que se pusiera. Isabel, llevara lo que llevara, era tan bonita como las hermanas de Muriel.

Allí estaba André, con los libros de texto en la mano, paseando bajo la Torre del Agua. Al aproximarse las tres muchachas, sonrió tímidamente. Flora y Muriel dieron unos ligeros codazos a Jane.

—¡No seáis *tontas*! —les suplicó ella.

—¡El tonto es él! —se burló Flora.

—¡No lo es! —replicó furiosamente Jane.

Sus amigas se limitaron a reír.

—Además, es afeminado —dijo Muriel, en tono acusador—. ¿Por qué no juega con los demás chicos?

Ya habían llegado a la altura del muchacho.

—¡Hola! —saludó André.

—¡Hola! —dijo Jane.

André le cogió los libros. Flora le dirigió un movimiento de cabeza que hizo que se estremecieran sus rizos, que brillaban como oro viejo contrastando con el forro del chaquetón. Muriel hizo girar los ojos de un lado a otro. Sus pestañas eran muy largas y rizadas, y sus mejillas rosa pálido bajo la caricia de la fresca brisa. André sonrió. Se puso

a caminar al lado de Jane. Recorrieron media travesía en silencio. O casi en silencio. Jane podía oír las ahogadas risitas de Muriel. Después Flora se echó burlonamente hacia delante. Miró a la burlona Muriel, a la desdeñosa Jane y luego el joven perfil de André.

–Te hago una carrera hasta la esquina, Muriel –dijo malévola.

Muriel soltó el brazo de Jane.

–¡Dos es compañía! –gritó cuando ella y su amiga echaron a correr.

Jane se sintió un poco en ridículo. Luego André le dirigió una tímida mirada y sonrió. Ella apartó rápidamente la vista, pero de pronto recuperó la tranquilidad. No importaba que sus amigas fueran tontas. Ella *quería* hablar con André. Le gustaba oír lo que el muchacho decía. André había visto muchas obras de teatro, allí, en Nueva York y en París. Y André conocía el extranjero. Había nacido en Fontainebleau, había estado en Londres y había cruzado el Atlántico tres veces desde que su padre llegó a América. André había leído de todo, tenía un pequeño teatro de marionetas y una espléndida colección de sellos y en su dormitorio tenía un pequeño banco de trabajo en el que modelaba en barro cosas muy bonitas, sujetalibros, pisapapeles y esculturas, y algunas de sus obras su padre las había vaciado para que su madre las conservara. Todos los sábados por la mañana, André iba a la Escuela de Arte. En ella, según le habían dicho maliciosamente Flora y Muriel, se modelaba en vivo. Jane esperaba fervientemente que su madre no llegara a saberlo.

André tenía dieciséis años y no pensaba ir a la universidad. Al menos, no a Harvard, Yale ni Princeton, como otros muchachos hacían. Ni siquiera iría a un internado. Simplemente, pensaba seguir estudiando en Chicago y asistiendo a la Escuela de Arte hasta que volviese a París. Cuando tuviera diecinueve años regresaría a Francia para matricularse en la Sorbona, fuera eso lo que fuera, e intentaría in-

gresar en les Beaux Arts. Ahora, en su teatro de marionetas estaba representando una obra llamada *Camille*. Quería que Jane le ayudase, y de esto estaba hablando.

Habló tanto y dijo cosas tan interesantes que Jane apenas se dio cuenta de que habían llegado frente al colegio. Sentada en la escalinata principal estaba Agnes. La muchacha saludó a André con alegre ademán, al tiempo que su pecoso rostro se iluminaba con una sonrisa. A Agnes le era simpático André y no se burlaba nunca de ellos. Sabía lo que Jane sentía hacia él, y, sin embargo, no lo consideraba motivo de risa. Con el rabillo del ojo, Jane pudo ver a Flora y a Muriel tras la vidriera principal señalando a André con el dedo a otras chicas. André también las había visto, desde luego, pero no pareció importarle. Le tenía sin cuidado que la gente pensara cosas. A Jane esto la preocupaba. Le hubiera gustado que el muchacho la dejase todas las mañanas a media manzana del colegio, pero no quería decírselo. Lo que más le importaba era lo que él pensara. Conocía muchísimo a André, naturalmente, pero no tanto como para decirle algo así.

El primer timbrazo sonó mientras André hablaba con Agnes. Jane tomó por el brazo a su amiga y la llevó hacia la puerta.

—Hasta después de comer —se despidió André—. Si pudieras venir a eso de las dos y media, pintaríamos el primer decorado. Mi madre me ha dicho que te invite a tomar el té.

Jane se limitó a sonreír y asintió con la cabeza, pero al entrar en el colegio el entusiasmo la dominaba. ¡Tomar el té con André! Su madre la había invitado. Jane esperaba que la de ella no se enterase. Iría, simplemente. A la muchacha le brillaban los ojos tras los entornados párpados mientras la anciana Miss Milgrim leía las Bienaventuranzas y la Plegaria al Señor. Su fina voz se alzó casi extáticamente:

¡Júbilo, puros de corazón! ¡Júbilo, dad gracias y cantad! ¡Vuestro glorioso estandarte levantad, la cruz de Cristo, vuestro rey!

¡Iba a tomar el té con André!

¡Júbilo! ¡Júbilo! ¡Júbilo, dad gracias y cantad!

A las dos y media, André estaba esperándola en la escalinata de los «Apartamentos Saint James». El muchacho cubría su negro cabello con una curiosa boina azul marino y estaba haciendo girar un peón. En Chicago, no había ningún chico de dieciséis años que jugase al peón, y Jane nunca había visto otra boina. Aquéllas eran las cosas de André que hacían que Flora y Muriel le tomaran por afeinado. A Jane le hubiera gustado que fuese más discreto. A ella también le gustaba jugar al peón, y aquella boina era muy bonita. Sin embargo, era absurdo convertirse en blanco de todas las burlas. Flora y Muriel no podían hacerse ni idea de lo agradabilísimo que era en realidad André.

Subieron en el ascensor y la madre de André les abrió la puerta. La madre de André no tenía más que una criada y ésta, además, salía con mucha frecuencia. Los dos jóvenes entraron en el pequeño y atestado salón. Había muchísimos libros cubriendo las paredes desde el suelo hasta el techo. No eran tomos bonitos encuadernados en piel, como los de la biblioteca del padre de Jane o los de la del abuelo de Flora, sino libros de todos los tipos y de todos tamaños, algunos estropeadísimos por el uso y dispuestos anárquicamente en los estantes. Había algunos iguales, claro. Una larga fila de *Punch* encuadernados, por ejemplo, y muchos más tomos de *Las mil y una noches* de los que Jane sabía que había y una larga hilera de casi treinta volúmenes de Guy de Maupassant. Jane nunca había oído hablar de él.

La madre de André había estado leyendo, sentada en el gran sillón articulado que había junto al ventanal desde el que se dominaba Rush Street llegando el panorama